

sábado

SUBCULTURAS
LOS FANÁTICOS DEL COSPLAY, O JUGAR A SER OTRO POR UN DÍA
 Página 7



Edición de hoy a cargo de **Violeta Gorodischer** y **Franco Varise** | www.lanacion.com/sociedad @LNsociedad Facebook.com/lanacion LNsociedad@lanacion.com.ar



Cecilia Rainero y Pablo Laffaye, junto a su hija Lila, cambiaron la Capital por San Miguel del Monte

SANTIAGO FILIPUZZI

Hábitos

La era del nuevo ruralismo

Cada vez son más los jóvenes profesionales que, cansados del estrés urbano, invierten el camino de sus antecesores y se mudan de la ciudad al campo

Hernán Vanoli
 PARA LA NACION

Un fin de semana, hace ya casi un año, Cecilia Rainero, de 38 años, y Pablo, su pareja, decidieron ir a ver quintas para una mudanza. Habían buscado en diferentes barrios de la provincia de Buenos Aires, pero nada los convencía. Entonces se animaron a dar un paso más: apenas unos días antes, Pablo le había propuesto a Cecilia irse a vivir al campo. Y ella, sin saber bien por qué, aceptó. Fue así como llegaron a San Miguel del Monte, a 110 km de la ciudad. Encontraron una casa en un campo de seis hectáreas, con un monte, una arboleda de tilos, frutales, nogales... Fue amor a primera vista. Hoy disfrutan de un aire diferente con Lila, su hija de un año y medio. ¿Retroceso civilizatorio o avance hacia una madurez diseñada? ¿Renuncia al confort o reconexión con uno mismo ante la vorágine urbana?

En principio, los hombres y las mujeres que vivían en el campo empezaron a trasladarse a la ciudad. Se trató de migraciones a lo largo de la historia, a gran escala. Se buscaban oportunidades, modernidad. "La migración a la ciudad se realizaba en busca de perspectivas y calidad de vida. Trabajadores que peregrinaban hacia la luz del progreso. Pero hoy, de a poco, esa tendencia global parece encontrar su reverso. No es la primera vez que ocurre, aunque esta vez los fundamentos son diferentes: los nietos y bisnietos de aquellos pioneros que armaron equipaje y viajaron a probar suerte en la gran ciudad vuelven a moverse", plantea la socióloga Paula Miguel.

Así, hoy el neorruralismo es una tendencia fuerte entre jóvenes profesionales urbanos que, atosigados por el boom automotor, cansados del estrés y casi siempre por medio de alguna conexión familiar, ven el resquicio para huir al campo

y emprender un nuevo estilo de vida con menos ruido, pero con intactas conexiones a Skype y redes sociales.

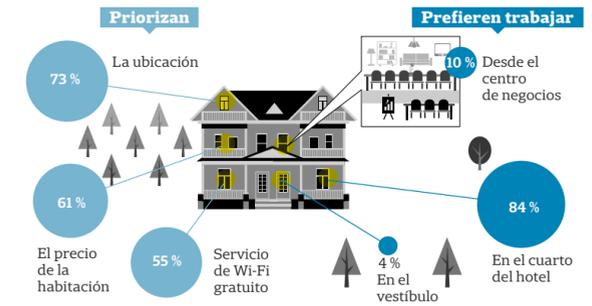
Junto con la Guerra Fría, los 60 vieron florecer diferentes movimientos contraculturales que cuestionaban las estructuras y los valores de la vida en la ciudad. Su rebote más visible en la Argentina fue el de ciertas comunidades inspiradas en los ideales hippies, como El Bolsón, epicentro de una comarca de poblaciones distribuidas alrededor del paralelo 42. En Europa, el neorruralismo tomó fuerte impulso en los 70 y estuvo más vinculado a la filosofía okupa. "Aunque con zonas de contacto con estos precedentes, que podrían girar en torno a una mayor interacción con los ciclos de la naturaleza y al consumo de alimentos básicos no industrializados, los neorrurales parecen menos ideológicos y en cierta medida más pragmáticos", resume Paula Miguel. **Continúa en la página 2**

SIGNOS VITALES

LAS CIFRAS QUE NOS TOMAN EL PULSO

Los viajeros de negocios

Qué buscan al elegir un hotel



Fuente: Choice Hotels International Inc. / LA NACION

CREATIVIDAD

El reloj creativo. Planear el día para tener mejores ideas

Conocer la franja horaria en la que rendimos mejor puede ayudarnos a la hora de reorganizar las rutinas

Sebastián Campanario
 PARA LA NACION

"Una hora a solas con mi capuchino [y una libreta a mano para anotar ideas]", podría titularse la rutina creativa que sigue todos los días, pase lo que pase, María Mujica, responsable regional de marketing de Mondelez y la argentina mejor posicionada en el ranking de personas innovadoras de la revista Fast Company. "Cómo organizar mi día para maximizar la creatividad es un tema que me interesa mucho y al que cada vez le presto más aten-

ción - cuenta Mujica a LA NACION-. Cambié un montón de hábitos y me despejé ese primer momento del día, esté en la ciudad que esté. Una hora a solas con mi capuchino, y sin interrupciones." Nicolás Pimentel, director de la agencia de innovación +Castro, descubrió las bondades de ese "oasis creativo" de 8.30 a 10 de la mañana, porque empezó a llevar a su hija al colegio a las 8 y la actividad en su empresa arranca a las 10. "Sin haberlo planificado, me encontré con un espacio de tiempo en el que estoy hiperproductivo", cuenta. **Continúa en la página 5**

EXPERIENCIAS

Un mano a mano con el plato más picante de todos

Página 3

Estilo

Las barberías porteñas vuelven a cobrar vida

Página 6

MESA PARA DOS



Romina Cardillo. "Me siento más comunicadora que diseñadora"

Página 11

Este invierno su destino internacional queda en Argentina

Llao Llao Hotel & Resort

▶ 20% de descuento y hasta 12 cuotas sin interés en alojamiento y spa days.

Fire on Ice Escuela de Ski & Snowboard

▶ 20% de descuento y hasta 12 cuotas sin interés en clases de ski y equipos.

▶ Tarjeta de Membresía de Fire on Ice.

▶ Clínicas de ski y snowboard sin cargo.

▶ Espacio exclusivo en el Cerro Catedral.

Un embajador HSBC Premier realizará sus reservas de clases y lo asistirá durante su estadía en Bariloche. Para más beneficios o reservas, comuníquese con él, llamando al (0294) 15 421 3972.



Más información en www.hsbcpremier.com.ar





La postal del atardecer en las sierras cordobesas, uno de los momentos más celebrados por quienes se instalaron en este lugar

DIEGO LIMA

Hábitos

De la ciudad al campo: la era de los neorrurales

Se refugian allí en busca de paz y entornos agradables donde criar a sus hijos, pero siguen conectados a través de Internet y las redes sociales; vuelven periódicamente a los centros urbanos y algunos, incluso, deciden conservar sus trabajos a la distancia

Viene de tapa

Carla Suárez Lastra, de 29 años, vivió en Buenos Aires y estudió en el Colegio Saint Catherine's, pero ahora está afincada en Mendoza: hace tres años desembarcó en La Consulta, un pueblo que se encuentra en el valle de Uco, a 100 km de Mendoza capital, donde había hecho una parada intermedia de cinco años. Está casada con Miguel, fue mamá de Facundo hace un mes y tiene planeado inaugurar en septiembre un complejo turístico llamado Cundo, en honor a su abuelo y a su hijo.

Cecilia Rainiero y Pablo tienen trabajos independientes. Pablo fabrica productos náuticos (ahora en un galpón junto a su nueva casa) y Cecilia es actriz. Los viernes y sábados toda la familia –menos los perros– se traslada a Buenos Aires, donde Pablo, además, atiende a clientes y proveedores. “Ahora no puedo ir tanto a Capital, así que les aviso a los directores que conozco que me llamen para hacer reemplazos. Pablo trata de tener todas las materias primas, muchas veces por un tornillo que falta y que acá no se consigue no puede terminar algún pedido”, explica Cecilia.

Marisa Erlich, por su parte, es médica y vive hace ocho meses muy cerca de San Javier, en el valle de Traslasierra, Córdoba. Como Cecilia y Carla, ellos ya habían probado una temporada intermedia en localidades más tranquilas y la experiencia les resultó tan buena que decidieron dar el salto hacia las sierras cordobesas. La cuestión laboral también parece resuelta: “Somos médicos en los dispensarios del pueblo. Y hasta conseguimos nuestro consultorio, algo que en Baires era impensable. Gano mucho menos dinero, pero soy mucho más feliz”.

En cuanto a la adaptación familiar, todos coinciden en un punto: la falta de amigos y afectos se compensa con la libertad y la redefinición de los propios vínculos en el núcleo familiar. “Los grandes cambios tienen sus beneficios y sus costos afectivos. Los vínculos con el entorno familiar, abuelos, primos y los amigos de siempre sufren un fuerte sacudón. Pero, paradójicamente, los vínculos primarios intrafamiliares, padres hijos, hermanos y la pareja misma recuperan un espacio de

convivencia que muchas veces la ciudad restringe”, plantea la licenciada Susana Mauer. Como el caso de Gerardo Katz, de 36 años, y Nathalie de Smeth, de 37, que dejaron su departamento en Santa Fe y Azcuénaga para mudarse a un campo en las sierras cordobesas, junto con sus hijos Sacha, de 2 años, y Tao, de uno. Amantes del yoga y la meditación, tenían una pequeña empresa que se dedicaba a la venta de maca y espirulina. Hoy, encontraron la veta distribuyendo productos similares en Córdoba. “El único inconveniente es que se está lejos de la familia –asegura Gerardo–. Pero el resto lo dejo todo por un buen atardecer y por comer juntos una ensalada de nuestra huerta. Además vivimos en una zona supertranquila donde no hay asaltos. Nuestra casa no tiene una sola reja.”

¿Cuesta arriba?

Marisa valora especialmente los paisajes de madrugada y los atardeceres naranjas sobre los Comedichingones. La casa de Cecilia, en sus palabras, “es hermosa y el entorno es un paraíso. Hay menos ruido y el contacto con la tierra y la naturaleza forma parte del cotidiano, ya no hay que esperar a las vacaciones”. Eso sí, sería pecar de ingenuidad pensar que el confort se traslada automáticamente a espacios más inhóspitos, con menos servicios al alcance de la mano y, en un punto, a merced de la intemperie. Dice Cecilia: “Los servicios son buenos, excepto Internet que es muy lenta. Por suerte, la casa tiene luz eléctrica, el gas es de garrafa, la calefacción a leña. Cuando llueve mucho, el camino de tierra se pone difícil, pero tenemos un jeep que nos saca. Mantenemos la costumbre de tomar algo en un barcito, aunque signifique viajar de noche al pueblo por caminos poco transitables”. Marisa agrega: “El tema de los servicios, gas luz, teléfono es carísimo, pero uno empieza a buscar energía sustentable y aprende a abrigarse aun dentro de la casa”.

Otro eje importante es el momento del desembarco: construir una nueva rutina, nuevas relaciones y una cotidianidad que, de a poco, se haga propia. “Si bien todo cambio de lugar de vida implica una



Carla Suárez Lastra se radicó en Valle de Uco, Mendoza, junto a su marido y su bebé

MARCELO AGUILAR



Gerardo Katz y Nathalie de Smeth quieren criar a sus hijos en las sierras cordobesas

DIEGO LIMA

migración interna y demanda un esfuerzo de reinserción, está la esperanza de lograr una vida cotidiana de mayor calidad, con más tiempo para uno y para la vida familiar. En los Estados Unidos, se desarrolló el movimiento *Small is Beautiful*, que pone de relieve la calidad de vida que se puede alcanzar en ciudades más chicas o en el medio rural –plantea Juan Eduardo Tesone, psiquiatra y psicoanalista–. Es una elección de vida acorde con ciertos valores que la persona privilegia al momento de realizar ese cambio.” Así fue en principio la experiencia de Marisa: “El primer asado que logramos arreglar con amigos nuevos nos invadió una felicidad indescriptible. Nuestro trabajo hizo que en seguida nos pudiéramos contactar con gente del lugar y eso fue buenísimo”. Para Cecilia, “decir que si significaba el cambio total en el cual perdíamos mucho de lo logrado en Buenos Aires. Había miedo, pero los dos lo disimulábamos tan bien que cada uno se apoyaba en la supuesta seguridad del otro”. En su caso la adaptación fue rápida, aunque tanto para los recién llegados como para los lugareños, forjar códigos en común no es siempre fácil. “Hay casos de neorrurales que decidieron volver a los lugares de origen, o intentar un intermedio en ciudades con menor densidad poblacional. Paradójicamente, volver a las raíces puede ser un salto al vacío sin éxito asegurado”, afirma la socióloga Paula Miguel.

Lo cierto es que la deriva neorrural implica compartir actividades con espacios que quedan a grandes distancias y, para ello, a diferencia de las oleadas anteriores, Internet es una herramienta fundamental. “Tener grupos de WhatsApp, Skype y Facebook te mantiene al día”, cuenta Carla. Marisa sigue preñada al WhatsApp, aunque reconoce que no tiene señal de celular en casi ninguna parte y que se siente alejada de ciertas cosas, como los cursos que no siempre pueden realizarse vía web. ¿Vale la pena? La moneda está en el aire. Las ganas, el tipo de trabajo y la posibilidad de consolidar una rutina decidirán si cae sobre el pasto o sobre el asfalto. ●

Producción de Lila Bendersky

Ir de lo urbano a lo rural, la inversión del clásico itinerario moderno

OPINIÓN

Julietta Quirós
PARA LA NACION

En los últimos quince años, “irse a vivir al interior” ha pasado a formar parte del horizonte de posibles de la clase media urbana y suburbana argentina. Hijo de la crisis de 2001, el fenómeno constituye una forma de migración interna atípica: por su dirección –que invierte el itinerario moderno, yendo ahora de la ciudad al campo–, su composición social, sus condiciones y motivaciones; los neorrurales no migran en busca de mejores condiciones económicas ni arrastrados por una oferta laboral. Más bien lo hacen buscando un modo de vida que el capitalismo moderno supo relegar y destruir. Frente a la dinámica del progreso, procuran la del regreso: regresar al vínculo con la naturaleza, a lazos de pequeña escala, a economías autosuficientes.

La apuesta encierra grandes desafíos, porque el campo tiene tanto de naturaleza como de cultura, y puede ocurrir que el neorrural vaya más preparado a conectar con lo primero que con lo segundo. No es casual que el migrante sienta especial admiración por los ancianos de ese nuevo lugar donde eligió vivir: a sus ojos, el puestero que sigue bajando a caballo o la doña que prepara remedios caseiros de las nuevas generaciones –que ansían comprar la moto en cuotas– representan los signos de su enajenación.

Desde un punto de vista antropológico, la pregunta que el neorrural tiene ante sí es: ¿qué modos de relación y transformación está dispuesto a construir? ¿Qué vínculo va a tejer con esa ruralidad concreta, cuyas controversias y aspiraciones están también signadas por las encrucijadas del “progreso”?

La tarea requiere ejercitar la cu-

riosidad sociológica para con uno y para con el otro. ¿Qué significa esto? Para el neo, empezar a pensarse relacional y posicionalmente en el tejido social: quiénes somos, de dónde venimos, qué dejamos, qué traemos. El neorrural deja la ciudad llevándose capitales propios de su procedencia; ellos se traducen, por poner un caso, en los saberes que le permiten convertir su arroppe de algarroba en un producto orgánico a los ojos del turista. Bien: ¿qué y cómo hace con su arroppe y de su arroppe el nacido y criado? Lo que equivale a preguntar (y estar dispuesto a escuchar): quién es el nacido y criado; de dónde viene; qué trae; a dónde va... Escuchar quiere decir encontrar “saberes” donde no esperábamos encontrarlos; abrir la posibilidad de que nuestras certezas sean puestas en duda. O la escucha, o “un nuevo hombre blanco poblando un nuevo lugar” otra vez. ●

La autora es antropóloga, investigadora del Conicet

El camino que lleva del odio al amor, directo y sin escalas

OPINIÓN

Natalia Moret
PARA LA NACION

Cuando era adolescente, odiaba vivir lejos. En esa época, vivía en el conurbano, en Lanús. Mi colegio quedaba cerca de Plaza de Mayo y llegar hasta allá era arduo, me tomaba una hora y media con suerte. Y otra hora y media volver. No bien pude (cuando me mudé sola, a mis 19 años) me fui al centro de la ciudad, “cerca de todo”, y haré unos tres años que volví al conurbano primero (aceptando que a Vicente López le digamos conurbano) y al campo después, buscando más silencio y mejor aire.

Hoy en día vivo la mitad del tiempo en un campo pasando Brandsen, en el que trabaja mi novio (yo también, en mi computadora). Estoy a unos 70 km de Buenos Aires. La vida allá es más rústica, la casa es algo mañosa, pero cómoda, es amplia (todo el afuera se suma al adentro), y es genuina: todo lo que hay es lo

que está a la vista, y como no son muchas cosas invita a tener pocos objetos y pocas distracciones. Estar aislada me da una tranquilidad que, creo, no puede conocer nadie que nunca haya salido de la ciudad por un tiempo largo. No hay vecinos, el pueblo más cercano está a veinte minutos en auto y de la casa a la ruta hay unos 8 km. Además, si llueve, no entrás. Y si estás adentro, no salís. Si hay tormenta, se corta la luz porque se cae algún poste en algún lugar. Agua hay siempre, pero tenés que tener cuidado de que no se te tapen los pozos o se llenen, porque ahí se inunda todo. Internet olvidate. Y para calentar la casa en invierno, chimenea y salamandra. De vez en cuando se cae algún árbol, o una rama grande, y no bien se seca, se puede hacer leña.

Mi salida de la ciudad empezó hace unos cinco años, cuando me fui sola unos meses a una casa de campo que me prestó un amigo (me fui a escribir) y me di cuenta de que era un tipo de vida que me podía hacer mucho bien. Los primeros días su-

fría la falta de conexión a Internet, de calefacción, de señal de celular, de un café cerca, sufría la soledad, sufría la noche oscura y completamente silenciosa... A la semana me despertaba a las cinco y media de la mañana, me duchaba con tiempo, desayunaba con tiempo, leía con tiempo, escribía con tiempo, me sentaba en la galería con tiempo, salía a caminar con tiempo. Y me sobraba tiempo. Nunca había dormido mejor en toda mi vida. El día duraba y me rendía más. No sólo en términos productivos (escribí más de lo que esperaba), sino que tenía más momentos para mí, de ocio sin culpa, aún a pesar de estar haciendo todo lo que tenía que hacer. Fue esa experiencia la que me metió en la cabeza la idea de vivir en el campo alguna vez y hace dos años pude llevarlo adelante. Ya tengo una cosa menos que hacer antes de morir. ●

La autora es escritora. Su primera novela es Un publicista en apuros (Mondadori) y tiene otro libro en preparación